

# TARSIS EN LAS FUENTES BIBLICAS

POR

NURIA SUREDA CARRION

«No fueron siempre las de los antiguos orientales, las mismas formas de decir que hoy nosotros usamos, sino otras recibidas y corrientemente usadas en sus tiempos y países».

(Sagrada Biblia, LXXV)

La denominación de Tarsis en la Biblia —incluso en el Génesis (10, 4)— y su identificación con Tartessos, plantea una serie de problemas lingüísticos y geográficos que han sido estudiados por diversos autores. Nosotros no estamos capacitados para comprender los argumentos lingüísticos, entre otros motivos porque los propios especialistas se contradicen entre sí; es posible que algún día sea resuelto el problema fonético, pero por ahora, nadie lo ha resuelto de una manera convincente según el estado actual de nuestros conocimientos.

La cuestión histórico-geográfica es muy vaga, pero más vagos aún son los argumentos lingüísticos cuando se aplican a épocas muy remotas antes de la verdadera cristalización de las lenguas, pues los datos son mínimos y tardíos: como ya señaló Bosch Gimpera (1), un pueblo cuya lengua haya sido muy semejante a la de otro, puede evolucionar «diferenciándose luego más o menos profundamente».

---

(1) P. BOSCH GIMPERA: «El neolítico europeo y sus pueblos: El problema indo-europeo», ZEPHYRUS IX-2, Salamanca, 1958, pág. 156.



La mayoría de autores que han estudiado el significado del nombre de Tarsis le atribuyen el sentido: «país de metal», «mina» o «fundiciones», como fue propuesto por Albright (2). Los detractores de su identificación con Tartessos en España, suponen que tal sentido, genérico, permite aplicarlo a distintos lugares, como Tarsos (3) «en Anatolia, en una región próxima a los yacimientos metalíferos del Tauro» o bien, en el Mar Rojo.

Prescindiendo del significado de «fundición», Ulf Täckholm (4) cree que el significado de Tarsis habría de ser algo así como «la tierra de las piedras preciosas» que sitúa en el Mar Rojo. Observa que la mercancía transportada por los barcos que venían de Tarsis (Reyes, I, 10-22) tiene un evidente carácter tropical, y que en la traducción de este pasaje en los Septuaginta en vez de marfil, monos y pavos reales, se mencionan «piedras cortadas y cinceladas, que deben referirse a piedras preciosas o semipreciosas»; cree que se le debería dar gran importancia a las piedras preciosas de esta versión porque «los Septuaginta representan una tradición textual de gran valor». Para reforzar su teoría señala que en las excavaciones de Ezión-Geber (IV) han aparecido cuentas de collar de piedras preciosas, mencionando el excavador el cuarzo, la amatista, el ágata y la calcedonia. Las regiones en torno al Mar Rojo, especialmente en el desierto entre el Nilo y el mar fueron extraordinariamente ricas en la antigüedad en lo que a oro y piedras preciosas se refiere, por lo que asegura que es allí donde iban las naves de Salomón.

Sin embargo, tales riquezas —incluidas las piedras preciosas (5), calcedonias, amatistas y diamantes son citadas siglo a siglo por todos los que escriben sobre Cartagena— se daban también, como veremos, en las costas españolas; por consiguiente, aunque se aplique a Tarsis el sentido genérico que cada especialista crea más conveniente, si tenemos en cuenta la antigüedad de las explotaciones españolas, tal nombre pudo designar también a nuestra península, ya que en Isafas (66, 19) se aplica este nombre a una «nación». Precisamente, algunos de los argumentos utilizados por Täckholm nos reafirman nuestra idea:

(2) W. F. ALBRIGHT: «New Light on the Early History of Phoenician Colonization», Bulletin of the American School of Oriental Research, n.º 83, Jerusalem-Bagdad, 1941.

(3) BOSCH GIMPERA: «Precedentes y etapas de los fenicios en occidente», Anales de Antropología, X, México, 1973, pág. 391.

(4) U. TACKHOLM: «El concepto de Tarsich en el Antiguo Testamento y sus problemas», V Symposium de Prehistoria Peninsular, Barcelona, 1959, págs. 79-90.

(5) Se encuentran amatistas en La Unión, Cartagena, Cabo de Gata y otras localidades. Ver: «Mineralogía», Historia Natural del Instituto Gallach, t. IV, Barcelona, 1926.



1.º) El propio Täckholm, que estudia cómo los traductores (los Septuaginta) pasaron al griego el Tarsis hebreo, señala que generalmente, lo tradujeron por Tharsis y barcos de Tarsis; pero observa que «en Isafas, 23 y en Ezequiel, 27-28, ha sido traducido por Karchedon, es decir, Cartago», lo que considera un error, y que este texto «tiene tendencia a dar explicaciones».

Teniendo en cuenta que los Septuaginta «representan una tradición textual de gran valor»... ¿Cómo explicar tal error? ¿Es suficiente la existencia del comercio cartaginés para identificar Tarsis con Cartago, lugar donde nunca hubo abundancia de metales? Creemos que no... ¿Qué sentido tendrían entonces tales explicaciones?: pues trataban de explicar que «un lugar» llamado Tarsis la tradición lo identificaba con «un lugar» rico en metales y piedras preciosas que en el momento en que traducían identificaban con Cartago. La identificación de los Septuaginta sólo es explicable tratándose de la Cartago de Silio Itálico (III, 368; XV, 192; XV, 220), o sea, la actual Cartagena, cuyas riquezas fueron explotadas hasta tiempos recientes. Espinalt (6) se refiere a «la celebrada Cueva de San Juan (Cartagena), de la que se sacan piedras preciosas de varios colores, y de ellas se hacen vistosos aderezos». En un manuscrito anónimo del s. XVI (7) se dice que en Cartagena (alláanse piedras preciosas, como son calcedonias, amatistas y algunos diamantes. Antiguamente abia minas de plata y oro i metales».

En el siglo XVI Cascales (8) escribía: «los montes de Cartagena, hallaremos que no han sido montes de tierra, sino de plata y pedrería preciosa; y en su contorno hay cuevas, donde se hallan amatistas, rubíes, calcedonias, y cierta manera de diamantes, unos ochavados, otros triangulares de la propia naturaleza, mejor que al torno labrados, y hoy quedan unos escoriales (que así los llaman) testigos de las minas de plata».

En opinión de Fray Gerónimo Hurtado (9) tales piedras preciosas no eran de mucho valor, dice así: «En el dicho cabezo de Portman, hay otras cinco o seis bocas de cuevas casi al modo de las que llaman en España de Hercules; son muy nombradas entre extranjeros, y dicen hay muchas piedras preciosas; hanse sacado algunas, aunque no de mucho valor. En mi tiempo han venido muchas veces extranjeros con memorias de estas

(6) ESPINALT y GARCIA: «Atlante Español», Madrid, 1778.

(7) Estampa de Cartagena - Biblioteca Nacional, Secc. de Mss. n.º 5.989, fol. 45, referencia Varela Hervías, Murgetana XXI, Academia Alfonso X el Sabio, Murcia, 1963.

(8) F. CASCALES: «Discursos Históricos de Murcia», 3.ª ed., Murcia, 1864, cap. XVI, página 536.

(9) A. COLAO: «Descripciones de Cartagena en el s. XVI», Athenas, Ed. Cartagena, 1969, pág. 46.



cuevas y entrado en ellas casi una legua, y algunos han entrado y no se han visto más salir».

También Florián de Ocampo, con peligro de su vida, visitó «los grandes mineros y cuevas de pedrería preciosa, dentro de las cuales anduvimos alguna vez, y no sin peligro de nuestra persona, donde vimos y sacamos crecidos pedazos de calcedonios y amatistas, y con ellas algunas muestras de diamantes todas hechas en punta, compuestas a maravilla, parte de ellas ochavadas, y muchas triangulares» (Lib. IV, cap. 19).

De tales cuevas de piedras preciosas poco se sabe en el s. XVIII, dice fray Leandro Soler (10) «al presente sólo se conoce la que llaman de Don Juan» que él visitó, escribiendo: «sólo consta con certeza que abunda en piedras cristalinas en forma de diamantes, muy vistosas y resplandecientes. Estas se hallan aún en la parte exterior de la cueva, engastadas en sus paredes, de las que yo he sacado alguna», dice. En la época en que escribe era «voz común y popular» que la cueva era un laberinto precioso, formado de varias estancias, con tal confusión de puertas, entradas y salidas, que «sin evidente peligro de quedarse para siempre dentro, ninguno puede internarse»; comenta que «algo de este peligro, según su relación, experimentó Florián de Ocampo» (11). Por cierto, que Florián de Ocampo (12) habla del «cabo Agatas» (cabo de Gata, al parecer), todo «con unas piedras preciosas llamadas ágatas» en tal abundancia que «casi no las estiman en España» a pesar de que «por muchas partes del mundo, donde se llevan, son acatadas y tenidas en precio».

Creo que los textos que hemos citado son suficientes para demostrar lo que nos ha conservado la «tradición» sobre las piedras preciosas apreciadas en la antigüedad; por último, sólo queremos recordar que Xamsedin (13) menciona el centro minero de Medina-Lorca «en cuyas cercanías se encuentra el lápiz-lázuli —al parecer, confundiéndolo con la azurita que es lo que hay— y granate de buena calidad, el cual se explota».

En resumen: incluso aceptando el significado genérico «tierra de pie-

(10) FRAY LEANDRO SOLER: «Cartagena de España Ilustrada», Athenas, Ed. Cartagena, 1969, pág. 79.

(11) Recientemente, en el collado de Don Juan, unos muchachos que se dedican a la espeleología, penetraron en una cueva hallando rastros de antigua mina.

(12) FLORIAN DE OCAMPO: «Crónica general de España», referencia de Merino Alvarez en «Geografía histórica de Murcia», Madrid, 1915, pág. 351.

(13) Xams ud Din Ad Dimisqui: «Cosmographia», ed. Meheren, ref. Merino, obra cit. pág. 50; Plinio (XXXV, 47) menciona la «chrysocolleae» de Hispania, llamada primitivamente «piedra armenia», tal vez el lapislázuli (FHA, VIII, 210), colorante azul que hizo bajar el precio del de Armenia. Ver también Plinio (XXXIII, 161), otro colorante azul llamado «caeruleum».



dras preciosas» el nombre es adecuado para las costas españolas, cuyas riquezas fueron explotadas en todos los tiempos.

2.º) El término «tarsis» en el Exodo (39, 13; 28, 27) designa cierta piedra preciosa —utilizada para grabar los nombres de los grandes sacerdotes «como se graban los sellos»— cuya identificación es dudosa.

Tal vez, si la identificásemos con la calcedonia (en griego Kalkedon) —San Isidoro (Etim. XVI, 14, 5) escribe «carchedonia»— tan abundante en la antigua Carthago Nova, eso explicaría la traducción de los Septuaginta como Karchedon. La calcedonia está constituida por microcristales de cuarzo y ópalo que pueden presentar varios colores. Cuando forma alternancias de coloraciones diversas toma el nombre de ágata: el ágata fue utilizada por los egipcios (escarabeos místicos), los hebreos (ornamentos de las vestiduras de los grandes sacerdotes), griegos y romanos (camafeos).

¿Qué piedra preciosa se identifica en las traducciones con el «tarsis» del Antiguo Testamento? En la versión latina de la Biblia «tarsis» se traduce por «chrysolitus». También Schulten (14) creía que designaba a la crisolita, que principalmente se daba en España; cita el texto de Plinio (XXXVII, 127) por el que se ve que Bocchus afirmaba que en Hispania, al abrir un pozo, había visto un «chrysolithon» de doce libras de peso. Según García y Bellido (15) el término utilizado es una voz griega que significa «piedra de oro».

Ahora bien: existe una variedad de la calcedonia coloreada de verde, que se llama «crisopasa» y el «crisólito de los volcanes» puede presentar los colores aceitunado, pardo, rojo o negro.

¿Será casualidad que en la Sierra de Cartagena hallemos el topónimo Cumbre de la Crisoleja en pleno «centro de erupción?» (16). También Avieno (Ora Mar. 419 y sig.) cita un río «Criso» viviendo cuatro pueblos «a una y otra parte de él, ya que se encuentran en este lugar los feroces libifénices, los masienos, los reinos de los cilbicenos de feraces campos y los ricos tartesios que se extienden hasta el golfo Caláctico».

Varios autores antiguos ya vieron que Karchedon debía identificarse con la Cartago española, escribiendo Saavedra (17): ¿A cuál de las dos

(14) A. SCHULTEN: «Tartessos», Espasa Calpe, Madrid, 1945, pág. 58.

(15) GARCÍA y BELLIDO: «La España del siglo primero de nuestra Era, según P. Mela y C. Plinio», Espasa Calpe, 1947, nota 297, pág. 280.

(16) E. SAAVEDRA: «Mastia y Tarteso», Murcia, 1929, pág. 161.

(17) E. SAAVEDRA: «Mastia y Tarteso», obra citada, pág. 71.



Cartagos conocidas en la antigüedad pueden aplicarse estas referencias sino a la española, cuando en la africana no hay ni ha habido nunca minas de plata ni de oro, y la nuestra, además de estar fundada en territorio de los Tartesios, poseía y aún conserva inagotables y extendidos criaderos de plata y toda clase de metales, que es a lo que se refiere la Escritura?

Remitimos al libro de Saavedra que hemos citado: las explotaciones auríferas de estas costas —incluso hasta tiempos recientes— han sido muy bien estudiadas por él. Sólo queremos destacar que en los márgenes del río Almanzora, se hallan detritus análogos a los de Herrerías, pero las arenas que contienen y en su yacimiento se descubrían modernamente «oro en pepitas, en algunos puntos como en Armuña, hasta de 8 o 10 gramos... y restos de antiguos lavados que indican debió sacarse de allí cantidad grande de oro» (18). Refiriéndose a los terrenos de Armuña, el ingeniero francés Williams de Rateau, en un informe razonado, afirma «que su apariencia a la vista y su naturaleza atentamente examinada son las de verdaderos terrenos auríferos de aluvión, idénticos a los de California, Australia, Transvaal y otros sitios conocidos».

La gran importancia de la plata de estas regiones, inagotable durante siglos, ha hecho que pasara desapercibida la importancia que pudo tener también el oro.

3.º) La significación precisa de las doce piedras citadas en la Biblia (Exodo, 39, 13) no es fácil y los traductores no se ponen de acuerdo respecto a algunas de ellas. Se citan en la primera fila (19) «una sardónice, un topacio y una esmeralda; en la segunda, un rubí, un zafiro y un diamante; en la tercera, un ópalo, un ágata y una amatista, y en la cuarta, un crisólito, una ónice y un jaspe». La versión latina da: 1.º lapis sardius, et topazius, et smaragdus; 2.º carbunculus, sapphirus et jaspis; 3.º ligurius, achates et amethystus; 4.º chrysolitus, onychinus et beryllus.

Se citan también (Exodo, 39, 6) dos piedras llamadas «soham» que no se sabe si quiere decir ónice, o bien otra piedra distinta. El ónice es una variedad del ágata utilizada ya en la antigüedad, por lo que casi todos los traductores transcriben «ónice» en vez de «soham».

Lo que deseamos destacar es que tres de las piedras citadas —incluyendo al «tarsis»— tienen un nombre que parece aludir al Mediterráneo occidental: tarsis, sardio y ligurio. San Isidoro (Etim. XVI, 8, 2-4) dice

(18) Se hizo un corte minero cerca de Cabo de Gata en «un filón de cuarzo metalizado de más de diez metros de espesor y en todo él se notan porciones bastantes de láminas de oro», ref. de Saavedra, pág. 182.

(19) Sagrada Biblia, Nácar-Colunga.



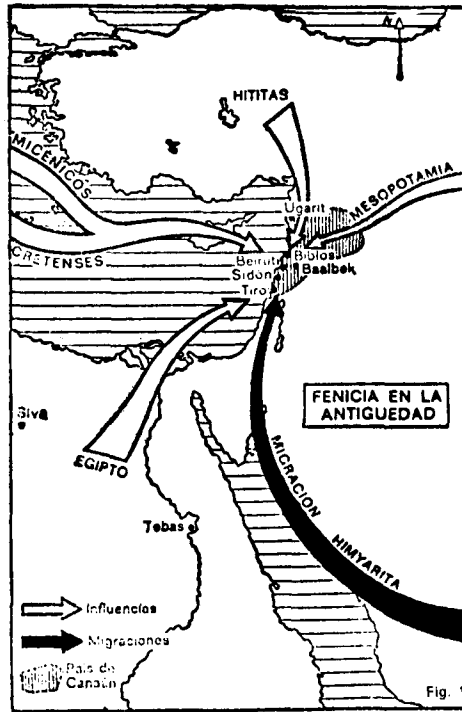


Fig. 1.—Situación de Fenicia y presuntas rutas de poblamiento, según Gómez-Tabanera.

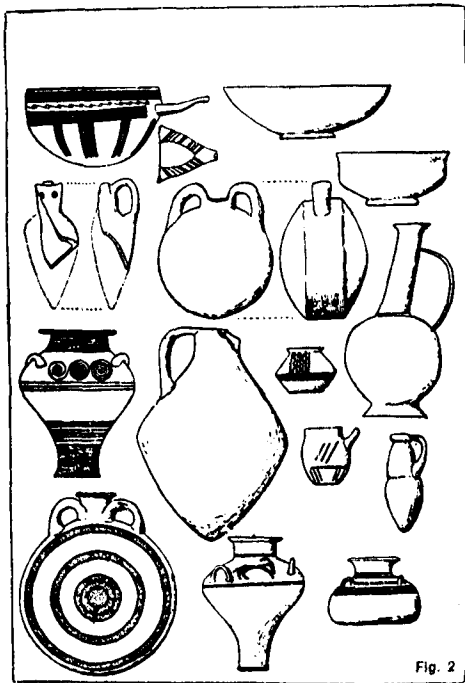


Fig. 2.—Gezer: Contenido de una tumba cananea con importación chipriota y micénica, según Bosch Gimpera.



Fig. 3.—Gezer: Cerámica post-micénica (época filistea) según Bosch Gimpera.





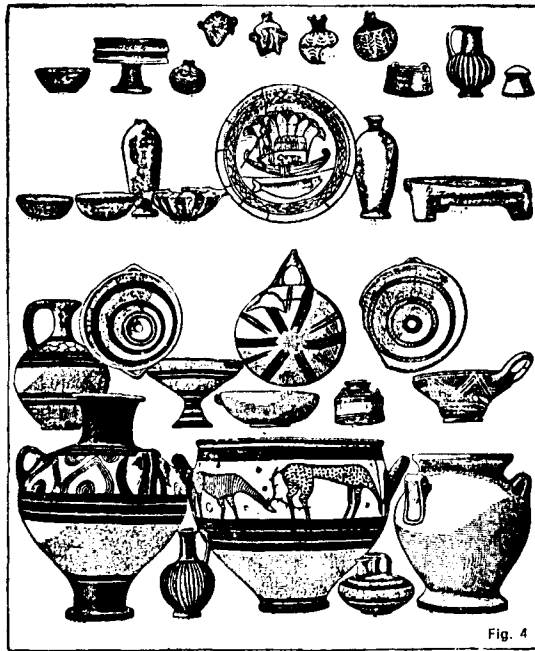


Fig. 4

Fig. 4.—Enkomi (Chipre). Contenido de una tumba con cerámica importada egipcia y micénica, además de la indígena. (Bosch Gimpera)

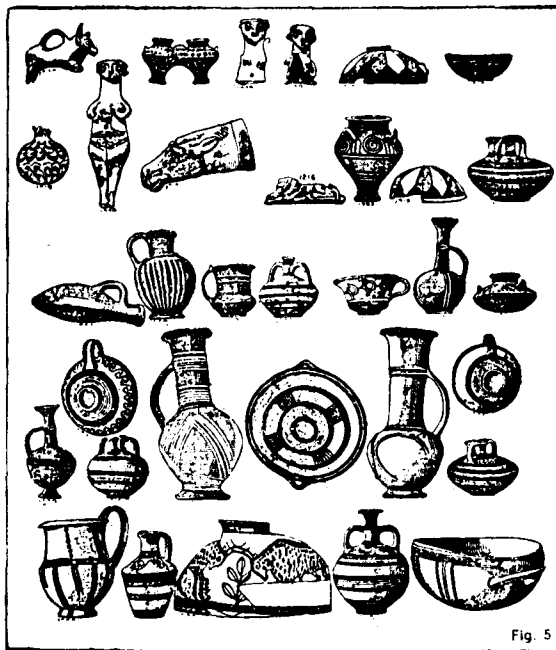


Fig. 5

Fig. 5.—Enkomi (Chipre). Contenido de una tumba con cerámica importada micénica. (Bosch Gimpera)





que «sardio» fue llamada así por haber sido encontrada primeramente por los sardos, e incluye en sus cinco clases el ónice, afirmando que «sardónica» es nombre compuesto por participar de los caracteres del sardo y del ónice. Transcribe la fabulosa leyenda del linco al hablar del «lincurio» (ligurio) —que «se llama así porque se hace con la orina del linco endurecido por el tiempo» (Etim., XVI, 8, 8)— lo que demuestra la antigüedad de la tradición. La identificación del «ligurius» es incierta, unos dicen que era el jacinto, otros el ópalo. San Isidoro lo compara con el sucino (ámbar, al parecer) del que antes ha dicho que se produce «en las islas del océano septentrional». Sin embargo, todavía en tiempos de Herodoto (IV, 42), el Mediterráneo conservaba el nombre «mar septentrional» (desde el punto de vista egipcio), lo que tiene mucha importancia cuando hay que situar esas islas del océano «septentrional» en tiempos muy antiguos. Dice Herodoto que Neco, envió fenicios, en naves, ordenándoles que navegasen, en su viaje de retorno, por las Columnas de Heracles hasta llegar al «mar septentrional» y por lo tanto a Egipto.

Es difícil actualmente identificar las piedras que se consideraban «preciosas» en la antigüedad, y más difícil buscar el «origen» de sus nombres. El valor de las piedras preciosas cambia con el tiempo: por ejemplo, una de las variedades del cuarzo, el cristal de roca, se tallaba como diamantes. Al parecer, Felipe II llevó en el sombrero una gran piedra de éstas tallada por un famoso artífice italiano (20). El cristal de roca es muy frecuente como ganga en los filones metalíferos pudiendo citarse en España los de Linares (Jaén), Cartagena, etc. Probablemente, los «diamantes» citados en las famosas cuevas de Cartagena, eran cristal de roca. La amatista es cuarzo cristalizado y se emplea en joyería como piedra fina «de no gran valor», es la piedra usada en anillos y pectorales de los obispos. Otra variedad del cuarzo cristalizado es el llamado ahora «falso topacio» que se empleaba mucho para falsificar el topacio cuando esta piedra tenía más valor. Ahora bien, minerales distintos corresponden a compuestos de composición química idéntica (diamante, grafito, calcita y aragonita, cuarzo, cristobalita, etc.) de tal forma, que incluso la composición química por sí sola es insuficiente para identificar los distintos minerales. Modernamente se utilizan técnicas muy perfeccionadas para distinguirlos... pero ¿podemos pensar que los antiguos, por ejemplo, distinguieran entre un verdadero topacio y el «falso topacio» de similares características? En la Enciclopedia Larousse se dice que «los antiguos» daban el nombre de «crisolita» al topacio, y que actualmente se da a una

(20) Historia Natural IV, Geología, publ. del Instituto Gallach, Barcelona, 1927, página 123.



variedad de «peridotita»: peridotita se llama a la roca formada por «olivino» —es un silicato de magnesio y hierro que se presenta en forma de cristales verde oliva y brillo vítreo— mineral «común en las rocas eruptivas básicas». Además, si damos al crisólito el significado «piedra de oro», no debemos olvidar que el único yacimiento de cuarzo aurífero explotado en la actualidad, es el de Rodalquilar (Almería). Tal vez no sea casualidad.

Hemos intentado aportar datos sobre piedras finas conocidas en otras regiones españolas, para ayudar a los que defienden la situación de Tartessos en el Bajo Guadalquivir (21) —frente a la que nosotros propugnamos en el SE de España— pero las referencias son mínimas, comparadas con las abrumadoras citas sobre el SE de España tal vez debido a la existencia de abundantes rocas eruptivas.

Referente a otros lugares sólo hemos visto alguna posibilidad entre las variedades de la «limonita» (hierro pardo) —frecuente en la naturaleza, constituyendo la principal mena del hierro—, pues algunas «hematites» concrecionadas se tallan para objetos de adorno. En Sierra Morena hay muchos yacimientos, y también en la provincia de Almería «que es una de las más ricas en hierro de España» (22) citándose también Sierra Almagrera y la Sierra de Cartagena.

En España abundan los jaspes «que no se han explotado debidamente» (23) sobre todo en la zona de Huelva donde los hay rojos, morados, verdes, negruzcos, etc. También son frecuentes en cabo de Gata. Una rareza mineralógica que no se ha encontrado más que en Sierra Almagrera (Barranco Jaroso) es una variedad de la azurita llamada «cincazorita» en costras cristalinas azules muy brillantes; parece ser una mezcla de azurita, sulfato de cinc y un poco de agua. En España la azurita acompaña siempre a la malaquita, habiéndose encontrado cristales en Linares (Jaén), Sierra de Cartagena, etc. La malaquita abunda en España, este mineral es parásito de la calcopirita y del cobre.

Actualmente se distinguen muchas variedades en las especies minerales debido al progreso de los medios científicos. Tal vez el análisis ha llegado a extremos algo exagerados, pues ha provocado la queja de algún especialista que dice (24): «Un afán desmesurado de crear especies ha introducido mucha confusión en la sistemática mineralógica, aumentando

---

(21) Lo siento. Tendrán que buscar los datos los interesados: mi capacidad de investigación «mineralógica» es mínima.

(22) Historia Natural, obra citada, pág. 141.

(23) Historia Natural, obra citada, pág. 160.

(24) Historia Natural, obra citada, pág. 236.



considerablemente el léxico, sin que realmente de ello resulte adelanto alguno para la Mineralogía. Debe reaccionarse contra esta tendencia».

En cambio, los antiguos debían diferenciar los minerales por características muy simples.

La fabricación de piedras de adorno utilizando minerales más o menos vistosos, tiene una tradición muy antigua en nuestra península. En la cueva de Tollos, Ifre (Murcia), apareció una vasija que contenía todo el material de un fabricante de cuentas de collar (25). Las cuentas de collar en piedra verdosa parecida a la malaquita («callais», el nombre de calafita se aplica también a la turquesa) se encuentran en abundantes yacimientos arqueológicos.

4.º La costa siria ha sido a través de toda la historia, la clave de la supremacía económica: Fenicia prosperó gracias al comercio con los egipcios. ¿Por qué los fenicios permanecieron casi siempre fieles a Egipto? ¿Sería porque controlaban la ruta de las riquezas occidentales? En los textos egipcios, desde el Imperio Antiguo en adelante, se mencionan numerosas veces a los mercaderes cananeos de Biblos, que como sabemos, son considerados como antepasados de nuestros fenicios.

Thutmés III de la XVIII dinastía se reconoce «soberano de los países del mar» (26) y precisamente en la cultura del Argar española —que podría ser «específicamente» tartesia— aparecen las perlas de pasta vítrea de tipo egipcio, que tan abundantes son en Tell-el-Amarna a fines de la XVIII dinastía egipcia, pero que no aparecen ya en Egipto después de la dinastía XIX, o sea, en los decenios después de 1315. Se suele suponer que se trata de perlas egipcias llegadas a través de las relaciones egeas, desde Creta, acaso antes de la destrucción de los palacios hacia 1350 y antes del comercio micénico con Sicilia, que tuvo lugar sobre todo durante la «koiné» micénica en el s. XIII, según Bosch Gimpera (27), quien sin embargo reconoce que «estamos poco informados de las relaciones de los pueblos de las islas occidentales».

Por consiguiente, seguimos en la duda. ¿Quién trajo a España las perlas egipcias? ¿Cómo llegan? Escribe Tackholm (28) que la situación política y económica del Oriente del Mediterráneo durante los periodos medio y final de la Edad del Bronce, depende totalmente del predominio

(25) MENENDEZ PIDAL: «Historia de España I», Espasa Calpe, Madrid, 1947, pág. 528.

(26) BOSCH GIMPERA: «Historia de Oriente», ed. Gili, Barcelona, 1927, pág. 453.

(27) BOSCH GIMPERA: «Paleontología de la Península Ibérica», Austria, 1974, página 1.187.

(28) ULF TACKHOLM: «Tarsis, Tartessos y las Columnas de Hércules», Opúscula Romana, vol. V, Suecia, 1965. (Agradecemos la traducción a la Dra. Aubet Semmler).



egipcio «también en lo que respecta a la navegación». Los egipcios contaron con una larga tradición como constructores de barcos y su habilidad marinera debió ser considerable, de tal forma que supone que el modelo que aparece en los sellos de piedra minoicos «debió de tener como modelo los barcos egipcios». Recuerda también que «los egipcios ejercieron una gran influencia en la construcción de barcos sirios, al menos durante la dinastía XVIII» —(o sea, precisamente cuando aparecen perlas de tipo egipcio en la cultura del Argar española)— señalando que «el motivo tuvo que ser, naturalmente, que los egipcios, que tenían una experiencia mucho más larga en cuanto a navegaciones comerciales de largos trayectos, podían construir los barcos más prácticos y económicos». Asegura que, si barcos mercantes para largos viajes fueron construidos en Tarsos o en Cilicia durante el segundo milenio, ello se debería más bien a la influencia sirio-egipcia, que a influencia egea.

Ahora bien: ¿No parece algo extraño que el tipo de «naves de Biblos» egipcio, sólo se utilizara para ir a Oriente? ¿Cómo explicar que un pueblo con una tradición marinera tan antigua, no intentara navegar hacia el Oeste del Mediterráneo, donde los vientos y las mismas corrientes les llevaban? Recordemos el viaje de Kolaios de Samos que pretendiendo ir a Egipto fue a parar a las costas de Tartessos: el mismo autor citado, señala que la navegación en el Egeo se veía dificultada por los vientos y las corrientes marinas —aunque favorecida por las travesías cortas de isla a isla— y que, por consiguiente, «confiar en el viento tiene que haber supuesto un riesgo mayor aquí que en el Este del Mediterráneo o el Mar Rojo, con sus vientos invariables».

Una cuestión importante que no tienen en cuenta los que hablan de la navegación por el Mar Rojo y los astilleros de Ezión-Geber, es que en la época faraónica se unía el Nilo con el Mar Rojo por medio de canales. Cuenta Herodoto (II, 99) que «Menes obtuvo la parte de tierra que rodea Menfis mediante un dique» secando el antiguo cauce y desviando la corriente de las aguas: lo que demuestra que las obras hidráulicas tienen una tradición muy antigua, cosa que ya se sabía. Pero lo que nadie ha observado, es que los canales del Nilo igual que se utilizaban para ir al Mar Rojo, se podían utilizar en sentido contrario: desde el Mar Rojo (Ezión-Geber) por el Nilo al Mediterráneo, y siguiendo las corrientes —o dejándose llevar por el viento «apeliota» como Kolaios— al país de Tarsis occidental.

Durante la XVIII dinastía —recordemos una vez más, aunque la insistencia resulte pesada, las perlas de pasta vítrea que aparecen en yaci-



mientos argáricos— según Jacques Pirenne (29) los egipcios «construyen para el comercio Faros, se abre el istmo de Suez y Menfis recibe las naves de Arabia y Fenicia». Creo que no nos damos cuenta de que Egipto en esos momentos era una gran potencia y que sus naves, ya sea utilizando marinos fenicios o cretenses, probablemente alcanzaban las costas españolas, como demuestra el hallazgo de perlas de pasta vítrea —que tan abundantes son en Tell-el-Amarna— en yacimientos argáricos. En Egipto, en tiempos de Amenhotep IV —época de Tell-el-Amarna— se habla de regalos de las gentes «de las islas de más allá del mar» (31). Más adelante estudiaremos la importancia que se le da a Egipto respecto a la construcción de naves.

También Tutmés III —XVIII dinastía (hacia 102-1448)— se reconoce como «soberano de los países del mar» a los que considera bajo su jurisdicción el gobernador del norte de Egipto. Aunque prácticamente Creta y las islas continuaron independientes, según Bosch Gimpera (31), las íntimas relaciones de comercio y los regalos de los embajadores cretenses al rey de Egipto, de los que existen abundantes testimonios, permitían creerlos como vasallos. Vasallajes y tributos hay que entenderlos teniendo en cuenta una cosa: que Tutmés III al organizar los territorios conquistados respetaba la autonomía de los príncipes locales, pero llevándose sus hijos como rehenes a Egipto. Todos los grandes imperios de Oriente, desde Babilonia hasta los lejanos hititas le enviaron emisarios y regalos a Tutmés III, incluso el rey de Alasia (Chipre) le ofreció un tributo.

En la tumba de Tutankhamon, también de la XVIII dinastía, había toda una flotilla de barcos —veintidós maquetas de barcos y botes así como un bote de vela con obenques y cuerdas en el mástil— orientada con la proa hacia el oeste. ¿Podría darse una interpretación distinta al hecho de que toda la flotilla estuviera orientada al oeste? Los egipcios creían que el difunto tenía residencia en su tumba «llevando la misma existencia que si fuese vivo» (32). El hallazgo de este tesoro permitió comprobar que para incrustaciones y demás adornos utilizaban los egipcios cornalina, calcedón, calcita, amatista, lapislázuli, turquesa, cuarzo, cuarzo transparente, feldespato verde y serpentina: se encontró igualmente una piedra de extraordinaria belleza, color verde oliva «cuyo origen

(29) J. PIRENNE: «Historia Universal», ed. Leo, Barcelona, 1953, pág. 55, tomo I.

(30) P. BOSCH GIMPERA: «Prehistoria de Europa», ed. Istmo, Madrid, 1975, pág. 613.

(31) P. BOSCH GIMPERA: «Historia de Oriente», I, Barcelona, 1926, págs. 452 y 455.

(32) J. M. GOMEZ-TABANERA: «Breviario de Historia Antigua», ed. Istmo, Madrid, 1973, pág. 204.



no se ha puesto en claro todavía» (33). ¿Una crisolita procedente de alguna «roca eruptiva» del oeste del Mediterráneo? Debemos recordar que los textos que nos ha conservado la tradición sobre la explotación de las riquezas metalíferas españolas (Diodoro V, 35-36) «antes de que los iberos tuvieran conocimiento de las propiedades de la plata» remontan las exploraciones fenicias a una fecha tan antigua, que no podemos determinarla con seguridad.

5.º) Hemos intentado destacar que tal vez no se debería desligar a nuestra península de los hechos acaecidos en el Mediterráneo oriental. Llama la atención que todo conquistador que se jacta de poseer las riquezas de Tarsis, si no domina en Egipto, por lo menos mantiene buenas relaciones con los egipcios; parece que el destino de Tarsis marche unido al de la tierra de Egipto. Las referencias a «los países entre los que nace y muere el sol», los «reyes de en medio del mar», las «islas del mar», o «los confines de la tierra» igual que «los confines de la Etiopía» (que estudiaremos en otro lugar), parecen aludir al occidente con palabras corrientemente usadas por los orientales en sus tiempos y países.

Un faraón de la dinastía XXI casó a una hija suya con Salomón, del cual se dice: (Salmos, 72, 8-10) «Dominará de mar a mar, desde el río hasta los confines de la tierra... Los reyes de Tarsis y de las islas le ofrecerán sus dones, y los reyes de Saba y Seba le pagarán tributo».

Es necesario interpretar los dominios «de mar a mar» desde un punto de vista «oriental», o sea, de la época en que se utiliza el término. Pues ya vemos lo que sucede con la propia historia de Tiro, donde se refleja el flujo y reflujo asirio y egipcio sobre las costas fenicias, y a pesar de tributos y vasallajes Tiro sigue su camino: «la independencia de su vida política continúa y también la de su vida económica», escribía Cintas (34). Si eso sucedía en la propia Tiro... ¿podemos imaginarnos lo que sería en estos lejanos países!

Sin embargo, está claro que ciertos navegantes orientales portadores de las perlas egipcias llegaron a las costas españolas. ¿Por qué no aceptar la llegada de las naves de Salomón —en alianza con Hiram de Tiro— en unas fechas, que según la tradición, ya estaba fundada Gádir?

Las mercancías citadas por los textos bíblicos no tienen un carácter «exclusivamente» tropical. Los monos se daban también en España; según

(33) J. ARIAS CONDEMINAS: «Tutankhamon», ed. Gassó, Barcelona, 1972, páginas 279-283.

(34) P. CINTAS: «Manuel d'archéologie punique I», ed. A. et J. Picard, París, 1970.





García y Bellido (35) se trata del «macaca sylvanus» que vivía en Gibraltar (desde época inmemorial siendo el último residuo de la especie en Europa). También los pavos reales abundaron en la región murciana hasta los tiempos modernos; tal vez no sea pura casualidad que un hermoso pavo real esté representado en un mosaico —romano, según dicen— hallado en Portman. Y de las piedras preciosas ya hemos hablado antes.

Supone Täckholm (36) que el nombre «naves de Tarsis» no podía designar las naves construidas en Tarsos (Asia Menor). Opina que en Tarsos, la cultura fue definitivamente hitita hasta que (h. 1225) súbitamente, en relación con los pueblos del mar se extrae cerámica del tipo micénico III C1. Durante la dominación hitita, se encuentran cantidades muy reducidas de otros productos importados del extranjero, como por ejemplo Chipre o Siria; si esto sucede en una ciudad portuaria como Tarsos, significa —según Täckholm— que los hititas habían eliminado todo trato con el extranjero; sólo con la caída del imperio pudieron introducirse elementos extranjeros en la ciudad que acabarían por quedar absorbidos sin poder afirmar su personalidad. Como el nivel de la Edad del Hierro en Tarsos «fue como en otras partes», escribe que, bajo estas circunstancias es difícil figurarse que los griegos del s. XIV y XIII a. de C. hubieran trabajado en la construcción de barcos en Tarsos, con tan buenos resultados que sus productos, los barcos de Tarsos, llevaran durante siglos el nombre del lugar de su fabricación, y que en el Antiguo Testamento quedaran señalados como naves de Tarsis.

Supone Täckholm, que formas análogas a «naves de Tarsis» son las naves de Biblos y de Keftius, la primera en el Imperio Antiguo y la segunda en época de Tutmés III de la XVIII dinastía. Al parecer, Säve-Söderbergh, pone en evidencia que por «naves de Biblos» se entendía barcos construidos en astilleros egipcios y que originariamente eran usadas para el comercio con Biblos: lo mismo debió regir para las naves de Keftius, aunque aquí dicho autor habla con mayor reserva, suponemos que debido a que el país de Keftius se suele identificar con Creta, cuya tradición navegante es muy antigua. A Täckholm, en las representaciones de barcos minoicos —con ciertas reservas—, le parece ver reunidas características egipcias y egeas: dice que se ha comprobado que durante el Minoico Medio, la circulación en el Mar Egeo, incluyendo a Creta, provenía en su mayor parte de marineros de las Cícladas.

Resalta también la diferencia de épocas entre los mencionados barcos

(35) GARCIA y BELLIDO: «La Península Ibérica», obra citada, pág. 172, nota 24.

(36) U. TACKHOLM: «Tarsis, Tartesos y las Columnas de Hércules», obra citada.





de Biblos y los de Keftius, señalando que las relaciones políticas y económicas habían cambiado totalmente; cuando las naves de Keftius entran en escena por primera vez, a principios del Bronce Final, las relaciones internacionales eran más activas que antes y por lo tanto la navegación y construcción de barcos no eran exclusivas de Egipto. Le parece que existe la posibilidad de que las naves de Keftius también primitivamente fueran de una nacionalidad extranjera, cualquiera que fuera el país de Keftius. En cambio, cree que las «naves de Tarsis» no se hallan en el mismo caso que las de Biblos y Keftius, debido a que la meta de sus viajes era Ofir, no Tarsis —apelativo que designa también una piedra preciosa— ya que este nombre, aunque designe una localidad, dice que debe suponerse situada en el Mar Rojo.

Ahora bien: la denominación «naves de Keftiu» se da en época de Tutmés III, de la XVIII dinastía —cuando perlas de pasta vítrea de tipo egipcio aparecen en España— en un momento en que se intensifican las relaciones entre Egipto y Creta. Tiene su importancia que están incluidos entre los amigos de Egipto los cretenses, si pensamos que algunos autores, como Bosch Gimpera (37) supone que las perlas egipcias pudieron llegar a España a través de los cretenses. O sea, transportadas por «naves de Keftiu».

En resumen: todo parece indicar que las «naves para largas navegaciones» se llamaron primeramente naves de Biblos (¿manejadas por cananeos?); luego, naves de Keftiu (¿cretenses?), y por último, naves de Tarsis en la época de Salomón e Hiram de Tiro; las naves de Tarsis manejadas por tirios, simplemente continuaron una tradición milenaria ininterrumpida a lo largo de las rutas mediterráneas.

Las riquezas minerales de las costas españolas fueron conocidas y explotadas por navegantes orientales en épocas remotas. También las perlas de pasta vítrea indican que el occidente no era «terra incógnita». Si el nombre de Tarsis indica un país donde abundaban las piedras preciosas, como hemos visto, también se dieron en el SE de España, que es donde nosotros creemos que estuvo Tartessos. El hecho de que los Setuaginta tradujeran «tarsis» por Karchedon (Cartago), nombre de la Cartago española (Silio Itálico III, 368 y sig.), son datos que abren un camino interesante a la investigación, si pensamos que el nombre de la calcedonia o calcedón (en griego Kalkedon) podría ser el de la famosa piedra preciosa llamada «tarsis».

(37) P. BOSCH GIMPERA: «Paletnología de la Península Ibérica», Austria, 1974, página 1.187.



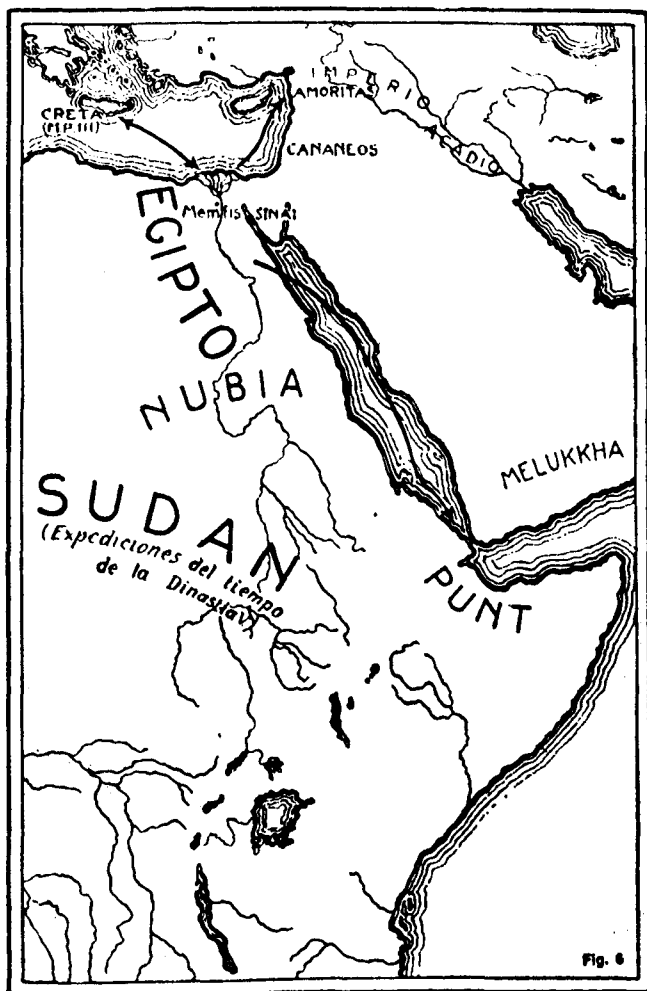


Fig. 6.—Las relaciones del Imperio Antiguo de Egipto, según Bosch Gimpera



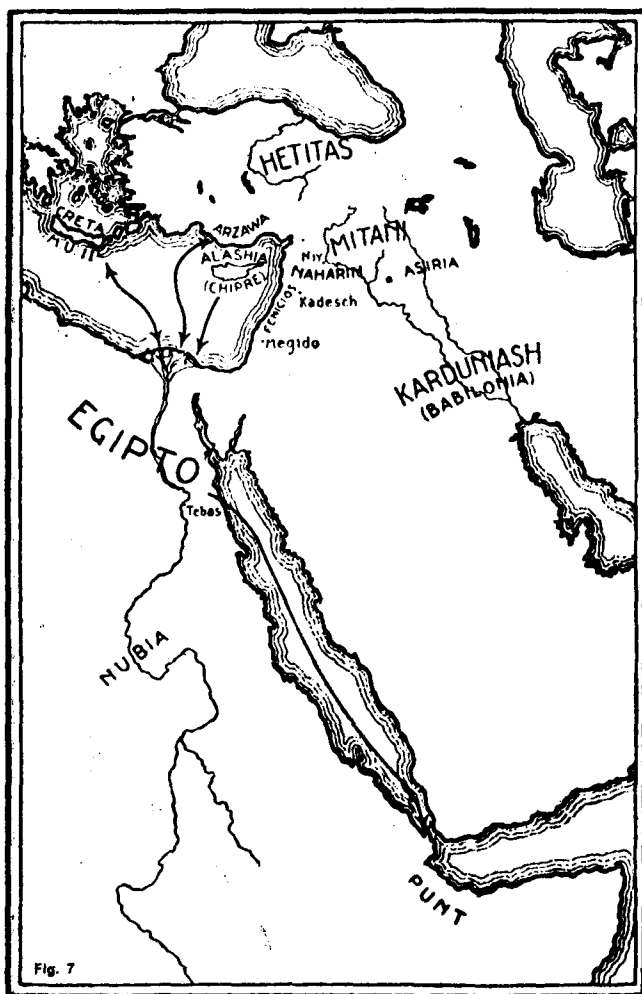


Fig. 7.—El Egipto del tiempo de Thutmés III y sus relaciones exteriores, según Bosch Gimpera. Es posible que falte una flecha que indique ciertas relaciones con el Mediterráneo occidental.



Bien sabemos que en el estudio de las fuentes relativas a la expansión fenicio-púnica se tropieza con muchos escollos, insalvables por ahora; en opinión del profesor Szzyrmer (38) tal estudio «deforma las perspectivas y los puntos de vista» al tropezar con el «escollo bíblico» o más tarde, el «escollo clásico», al que considera parcial debido a que los escritores griegos y latinos fueron «eternos enemigos y rivales» de los fenicio-púnicos. Ahora bien, no sé cómo se puede estudiar «la historia de las mentalidades» que él propugna, sin acudir a ambos «escollos». Con todas sus limitaciones —a las que hay que añadir las nuestras propias que son aún mayores— las fuentes escritas, bíblicas o no, nos ofrecen una «base imprescindible» para comprender la historia de las mentalidades, y así formarnos una idea más clara de lo que nos quisieron decir los autores antiguos; además, sirven de límite a interpretaciones demasiado personales cuando se trata de conocer la historia sólo a través de la arqueología, ya que —como dice Maluquer (39)— los datos arqueológicos «admiten una variabilidad mucho mayor que las escuetas citas de las antiguas fuentes».

La verdadera dificultad cuando se trata de épocas remotas, reside en el hecho de que los arqueólogos son reacios a admitir posibilidades que no estén demostradas con toda claridad, respecto a relaciones con pueblos del Mediterráneo oriental, a pesar de que observan que los tipos de la llamada cerámica ibérica se extienden por todo el Mediterráneo. En Grecia, la primera micénica es difícil de diferenciar de la ibérica. Un conocedor tan experto como Furtwängler (40) tomó uno de estos vasos españoles por uno micénico. En todos sitios, incluso en Egipto, con el primer torno es igual; luego va cambiando, pero el momento inicial en todos lados es igual, de tal forma que, según algunos arqueólogos, resulta difícil saber si es momento ibérico o pre-ibérico.

El difícil problema de Tarsis seguirá sin resolverse; nosotros no pretendemos darle una solución que únicamente podrá abordarse en el futuro después de muchas investigaciones, ya que, en última instancia —debido a su antigüedad—, la solución sólo puede obtenerse a través de la arqueología. Simplemente hemos querido señalar una serie de datos que deben tenerse en consideración, pues el propio nombre de Tartessos es muy antiguo: los mismos griegos la designaron con un nombre no griego, sino anterior.

Barcelona, 1978

(38) M. SZZYRMER: (Ponencia en prensa), II Congreso Internacional, Barcelona, 1975.

(39) J. MALUQUER DE MOTES: «Introducción al problema de Tartessos», V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular, Univ. Barcelona, 1969, pág. 1.

(40) A. SCHULTEN: «Tartessos», Espasa Calpe, Madrid, 1945, pág. 223.

